¡Proletarios de todos los países, uníos!

EL PROLETARIO

PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

SUPLEMENTO PARA LATINOAMERICA DE EL PROGRAMA COMUNISTA

FEBRERO 1979
Nº 3

¡Abajo las constituyentes!

¡La Asamblea Constituyente! Esta es hoy la consigna en boga en América Latina. Una consigna que todo el abanico de las fuerzas de "izquierda" grita histéricamente, desde los partidos comunistas y socialistas hasta la "extrema izquierda" maoísta, trotskista y espontaneísta en general. Y no sólo "las izquierdas" falsamente obreras: incluso sectores cada vez más significativos de la burguesía -políticos, empresarios y hasta militares distinguidos por su curriculum vitae antiobrero- empiezan a acariciar la idea de que una buena manera de "volver a la constitucionalidad" sería, en efecto, la convocatoria de una Asamblea Constituyente.

Pero, ¿qué es una Asamblea Constituyente ? Históricamente, la Constituyente ha sido en un principio la bandera de las revoluciones democráticoburguesas de Europa, en el siglo XIX, y de Rusia, a inicios de este siglo. Las primeras revoluciones burguesas -la inglesa y la francesa- no habían planteado la forma política del nuevo Estado que creaban sobre las ruinas del Estado feudal. En el siglo XVIII, la teoría de los Voltaire y Rousseau, que preparaba en el terreno ideológico la revolución burguesa, poseía el *contenido* de la revolución, pero no era capaz de delinear su *forma* constitucional. Las diversas formas, antes imprevistas: Asamblea Nacional, Constituyente, Convención, que fueron las matrices de las cámaras electivas del siglo XIX, nacieron del *desarrollo espontáneo* de la lucha, incluso después de 1789. Asimismo, el ejemplo histórico inglés sólo ha sido seguido mucho después de haberse concretizado.

Los ideólogos de la burguesía pretendieron que las leyes

(sigue en pág. 2)

IRAN ES EL MUNDO

La gigantesca revuelta social que agita a Irán, con su sucesión ininterrumpida de huelgas generales, de manifestaciones multitudinarias y de motines salvajemente reprimidos, precipita al país al borde del abismo y moviliza el frente internacional del orden establecido sin que, trágicamente, se encienda para la clase obrera la mínima luz capaz de guiar sus pasos, y sin que aparezca en un horizonte inmediato una fuerza susceptible de imponer una salida realmente revolucionaria a esta crisis formidable. Esta lucha tenaz y generosa revela, o más bien confirma e ilustra, enseñanzas ya consignadas en el patrimonio del marxismo, cuya asimilación es indispensable para el reanudamiento internacional y revolucionario de clase.

En su curso catastrófico, los acontecimientos de Irán vienen a desarticular la tesis burguesa según la cual la lucha social puede ser enterrada por el desarrollo económico; y confirman, por lo tanto, la tesis marxista según la cual la acumulación de todas las contradicciones sociales es el producto del progreso burgués y no del atraso económico: nunca, ni en 1950-53, ni en 1960-63, el desarrollo social ha sido tan inmenso y tan profundo como hoy.

Los ideólogos del progreso continuo y armonioso no dejarán de replicar que el movimiento social que sacude a Irán lleva el estigma de un formidable atraso que se traduce, por ejemplo, en el peso del clero. Esto, en parte, es verdad; pero el marxismo tiene la costumbre de considerar con una prudencia extrema "la idea que el movimiento se hace de sí mismo", y busca en la mecánica económica y social las relaciones reales. En nuestra prensa internacional hemos intentado dar un diagnóstico del movimiento social iraní, y nuestra conclusión es que esta formidable explosión popular, que en la marea de la gran ola "antifeudal" y antiimperialista desen-

(sigue en pág. 10)

Las elecciones en Brasil

Las "izquierdas" están jubilosas: el resultado de las últimas elecciones ha consagrado "la victoria de los candidatos populares", es decir, de los candidatos del partido oficial de oposición, MDB, que contaban con el apoyo de éstas (varios de los cuales pertenecen secretamente a partidos de izquierda, incluída la "extrema"). En la trinchera opuesta a este cretinismo democrático 100% contrarrevolucionario, hemos leído en las estadísticas electorales un resultado alentador, sobre el cual los izquierdosos no dicen una palabra: la indiferencia, sino el repudio, hacia esta democracia, sobre la que aquellos hacen tanto barullo, de una parte significativa de los "electores", que se ha expresado a través del voto nulo o en blanco (siendo obligatorias las elecciones, el abstencionismo se manifiesta más bien bajo esta forma que la de no ir a votar). En efecto, este abstencionismo de hecho ha sido, como promedio nacional, de cerca del 20% en las elecciones para el Senado, Cámara de Diputados y Asambleas legislativas de los estados (respectivamente, 19,5%, 20,6% y 19,2%). Sin embargo, en los estados en que la población obrera es más importante -Río y Sao Paulo- y en que la propaganda democrática tuvo la máxima intensidad, el abstencionismo asciende, respectivamente, al 22,4% (1.007.632 de votos nulos más en blanco sobre los 4.494.090 sufragios emitidos) y al 22,8% (2.074.581 sobre 9.095.452).

No se trata, por cierto, de una victoria, pues ésta no se conquista en el terreno electoral, ni siquiera bajo esta forma negativa, sino fuera y contra éste. Es simplemente una muestra de que una buena parte de las capas trabajadoras no se deja divertir por el circo electoral, en el que el papel de payasos ha incumbido a los falsos "revolucionarios", lo que compromete el plan de la burguesía brasileña de prevenir la lucha de clase proletaria mediante una reforma democrática del Estado.

EN ESTE NUMERO:

- El proletariado y la guerra.
- Los trotskistas y su vía peruana al socialismo.

¡Abajo las

(viene de pág. 1)

fundamentales a ser proclamadas por estas Constituyentes sancionarían las famosas libertades democráticas, la unidad nacional, el sufragio universal, etc. ; es decir, todas aquellas libertades y derechos que permitirían la realización de la llamada "soberanía popular". Desde su aparición, el marxismo ha desenmascarado el contenido del programa democrático, demostrando que éste no correspondía al "pueblo en general", mera abstracción ahistórica, sino a una clase bien definida -la burguesía-, y que tenía un doble contenido histórico. Por una parte, correspondía a la lucha contra las clases feudales para destruir las barreras económicas, políticas y jurídicas que impedían el pleno desarrollo del capitalismo. Por otra parte, a la instauración, sobre los escombros del *Ancien Régime*, de su dominación social y su *dictadura de clase* sobre las masas trabajadoras y explotadas.

No podremos detenernos aquí en la historia de las Constituyentes del '48, cuya impotencia y pusilanimidad, como en su edición alemana despiadadamente escarnecida por Marx y Engels en páginas inolvidables, sólo fueron igualadas por su fanfarronería. Y no hace falta recordar que, varias veces, la bandera de la Constituyente ha sido explotada hábilmente por las fuerzas reaccionarias para ganarse el apoyo "popular". Este fue el caso de las promesas de Federico Guillermo III, de Prusia, en el sentido de conceder una Constitución, la libertad de prensa, etc., para asegurarse el apoyo del pueblo (burguesía, pequeña burguesía, masas trabajadoras) en su lucha contra Napoleón. Fue también el caso en Rusia, después del fracasado golpe de Kornilov, cuando los terratenientes, la grande y pequeña burguesía, e incluso los mencheviques, se aferraron a la bandera de la Constituyente como maniobra para intentar alejar a la revolución proletaria inminente, proseguir la guerra e impedir la revolución agraria.

Dejando de lado las vicisitudes de su historia agitada, sólo insistiremos en que la Asamblea Constituyente ha tenido un sentido positivo únicamente en cuanto expresión de la *revolución* democráticoburguesa, es decir, en cuanto expresión del parto de la sociedad *capitalista* y del Estado *burgués*. Nada más que esto. No es, pues, una bandera a ser hincada en el tope de castillos de arena metafísicos y suprahistóricos, como los que construyen los fogosos "revolucionarios" latinoamericanos para abrigar su sueño, tan utópico como contrarrevolucionario, de formas políticas por encima de la lucha de clases y dotadas de la mágica virtud intrínseca de suprimir la opresión y permitir una evolución social pacífica, armoniosa y fraterna.

Las Constituyentes acompañan, pues, el ciclo de la democracia, que agota su valor históricamente revolucionario al llevar a cabo la liquidación de las fuerzas precapitalistas y al volverse específicamente una máquina de opresión burguesa sobre el proletariado.

Sin embargo, la fecha del sepelio de la democracia como forma revolucionaria en la segunda mitad del siglo XIX no ha marcado, desgraciadamente, al mismo tiempo, el fin de las Constituyentes. Al contrario, ¡ nunca hubo, en Europa, tantas Constituyentes como después del 71! ¡Y ciertos revolucionarios de opereta siguen todavía instando por otras más!

linismo ha liquidado el movimiento obrero de clase, incluso en sus formas más elementales, arrastrando al proletariado a más de una guerra, analicemos el sentido de las Constituyentes que nos brindaron, y nos siguen brindando, en la segunda posguerra.

Apenas el fascismo fue vencido en el terreno militar, las burguesías, tanto en los países vencidos como en los vencedores, trataron de promulgar nuevas Constituciones. La esencia de éstas ha sido incorporar al bagaje jurídico, político y social de la democracia vencedora los aportes del fascismo, que ha sido, así, el verdadero vencedor histórico de la guerra. Las democracias hicieron suyos el corporativismo, los métodos centralizadores y autoritarios de gobierno, el reformismo, la política laboral, la "programación económica", etc. El sentido de la obra legislativa de la democracia de nuestros días es, en suma, el de fortalecer el Estado burgués, hacerlo cada vez más policíaco y totalitario, gracias a la incorporación (voluntaria, en lugar de por la fuerza, como en el fascismo) de todas las fuerzas políticas y sociales en el mantenimiento del Orden; el de encauzar los impulsos proletarios por los canales de la colaboración de clases; de emprender reformas cuyo único resultado es permitir la prosecución de la acumulación de capital mediante los sacrificios *consentidos* de la clase obrera. En otras palabras, la democracia sólo puede evolucionar actualmente en un sentido: el de la democracia *blindada, fascistizante*.

Revolución = destrucción, no reforma

¿Cuál es la función de estas Constituyentes? *Reformar* el Estado *burgués* ya bien y definitivamente establecido, adaptando la dominación de la burguesía a la evolución de las fases históricas por las que atraviesa el capitalismo, y, por sobre todo, a las exigencias de la defensa del régimen burgués contra la revolución proletaria.

El ejemplo alemán de la primera posguerra ha vuelto patente el contenido profundamente contrarrevolucionario de la consigna de la Constituyente en la época que, según Lenin y la III Internacional, tiene una única alternativa: o democracia (=dictadura) burguesa o dictadura del proletariado, la que es incompatible con *todo* Parlamento y con *toda* Constituyente, ya que excluye de la vida política y de la participación en los órganos del Estado a toda clase no proletaria. La Asamblea Nacional, convocada por los Scheidemann , ha sido una pieza preciosa en la farsa contrarrevolucionaria, montada por la socialdemocracia, que fue la pretendida "revolución alemana" de 1918, una farsa tendiente a desarmar al proletariado y a alejarlo de la vía antidemocrática y anticonstitucional de su revolución, y que tuvo como desenlace una enorme matanza antiproletaria. El balance de aquellos años trágicos ha dejado inscrita para siempre la ecuación: en la época imperialista, *democracia = canibalismo contrarrevolucionario*.

Saltando por encima de tres décadas sombrías en las que, siempre en nombre de los "eternos valores" de la democracia, el sta

Irreversiblemente contrarrevolucionaria

Esta tendencia *irreversible*, recientemente confirmada por la "desfranquización" de España, debidamente sancionada en la Constitución que hemos comentado ampliamente en el nº 29 de nuestra revista *El Programa Comunista*, no es más que el reflejo, en el plano político, de la tendencia de la economía capitalista a concentrarse y centralizarse cada vez más, una tendencia ya analizada por Marx y Engels desde hace más de un siglo. Y esta tendencia es *universal*, envolviendo incluso a los países de capitalismo atrasado, como los de América Latina. Sólo la suma imbecilidad de la democracia pequeño-burguesa de este continente es capaz de pensar que el océano Atlántico y... el canal de Panamá serían barreras suficientes para aislarlo del imperialismo y de los torbellinos que arrastran a la sociedad capitalista *mundial*, a la que está estrechamente ligada por los vínculos del mercado interna

constituyentes!

cional. Por otra parte, toda la historia latinoamericana comprueba que las clases dominantes locales han estado siempre "en fase" con la evolución política del capitalismo mundial, no obstante el carácter mesquino que pudo tener la transposición de los "modelos" europeos y americano .

Para seguir en este siglo, basta recordar que el fascismo, la forma más evolucionada y acabada del reformismo burgués de entonces, ha hecho escuela en América Latina, con los Vargas, Perón, etc., que han incorporado al Estado y a la sociedad los trazos fundamentales del fascismo (legislación laboral, reformas sociales, previsión social, etc.), y que los rasgos esenciales de la democracia *blindada* se esbozaron nítidamente en el régimen argentino de 1973 a 1976.

¿Qué puede reflejar hoy, en América Latina, la Asamblea Constituyente?

Si hiciéramos una estadística sobre las convocatorias de Asambleas Constituyentes por continente, América Latina estaría muy probablemente a su cabeza. No solo le arrancaríamos así a esta fórmula la aureola de novedad con que la envuelven sus paladines, sino también desmentiríamos, con este solo hecho palpable, el valor intrínsecamente revolucionario que le atribuyen. Más aún, el hecho de haber sido usada mil veces por las clases dominantes latinoamericanas para *reformar* el Estado, adaptándolo al desarrollo en sentido capitalista de la sociedad, y, por lo tanto, pasando parcelas cada vez más grandes del poder a la burguesía en detrimento de las viejas oligarquías terratenientes , comerciales, etc., este hecho le quita, pues, *todo* valor revolucionario.

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución staliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiqueo personal y electoralesco.

En efecto, la Constituyente -y, más generalmente, la democracia- sólo es revolucionaria en cuanto expresión de la *revolución* burguesa, es decir, en cuanto destruye el monopolio sobre el Estado de las clases *precapitalistas*.

Ahora bien, ¡sería batir el record mundial de ceguera pretender que, en este año de (des)gracia de 1979, el poder del Estado en los países latinoamericanos no esté sólidamente empuñado por fuerzas *burguesas*, locales e internacionales, aunque hayan establecido compromisos, aquí o allí, con otras clases poseedoras que no son todavía expresiones puras del capitalismo moderno!

En cuanto al otro componente de la revolución democrática, la pequeña burguesía, haremos en otra oportunidad su balance histórico, del que desde ya podemos adelantar el resultado: bancarrota total. Ella se ha mostrado incapaz de romper con la burguesía, comprometida con las viejas clases y el imperialismo, y de conducir sobre todo a las masas agrarias a la lucha revolucionaria.

La única fuerza revolucionaria con capacidad de iniciativa histórica en América Latina es el proletariado. Y su programa no es la Constituyente, sino su propia *dictadura de clase*. La revolución que él conducirá, en estrecha ligazón con el proletariado mundial y, en particular, estadounidense, no apunta a instaurar la democracia, ya superada por la historia misma.

Revolución significa destruir con la violencia al Estado existente, y su destrucción sólo puede dar lugar, en América Latina, a un tipo de Estado: el proletario.

La Asamblea Constituyente sólo puede tener el significado de servir para *fortalecer*, bajo la forma de *democracia blindada*, el Estado existente -y no para *destruirlo*. Y, por lo demás, ¿quién habla de *destrucción del Estado* ?,¿quién habla de *revolución* ? La Constituyente, los seudocomunistas y socialistas, detrás de los cuales se alinean de hecho las múltiples corrientes de la "extrema izquierda", en realidad la esperan como una *gracia* magnánimamente concedida por las clases dominantes autóctonas y el imperialismo, por las fuerzas que *están hoy* en el gobierno del Estado, a lo sumo alejando a alguna figura demasiado comprometedora, como los Pinochets. En una palabra, al clamar por la Constituyente, esta falsa izquierda ¡se dirige a los militares y... a Carter! Ahí está el ejemplo de la Constituyente peruana, convocada por el general de servicio a la cabeza del Estado. Y, ¿qué puede ser esta Asamblea, sino una fuerza profundamente antiproletaria y contrarrevolucionaria ?

* * *

Tras un mes y medio de disputas verbales interminables,los ilustrísimos señores diputados de la Asamblea Constituyente peruana (de derecha, de centro, de izquierda y de "extrema izquierda") han llegado sin ningún problema a su primer acuerdo: votaron *por unanimidad* una resolución condenando al terrorismo "venga de donde viniere".La condena está completada por la exigencia de que el gobierno, las Fuerzas Armadas y los cuerpos de policía "asuman a plenitud su responsabilidad de garantizar la seguridad de todos los peruanos y de identificar y sancionar a los culpables con todo el peso de la ley" (*Marka*,nº 88 del 14.9 de 1978). Notemos que la resolución ha sido votada días después que los mineros, cuya huelga había sido rota por la acción conjunta de la violencia del Estado democrático y el sabotaje de los burócratas de la CGTP, se defendiesen ejerciendo represalias físicas -¡medio típicamente terrorista!- contra ingenieros y otros perros guardianes del capital (ver *El Proletario* nº 2). Nada podría ilustrar mejor la función antiproletaria de la democracia y de sus instituciones en la época actual: integrar al conjunto de las fuerzas políticas en la obra de *blindaje* del Estado contra la amenaza representada por la lucha proletaria intransigente. Una lucha que empleará necesariamente,incluso en el simple plano reivindicativo , de defensa, medios *terroristas*, coercitivos, que atentan frontalmente contra la legalidad democrática.

Ayer, en el ambiente histórico *predemocrático*, la consigna de la Constituyente podía aún significar violencia contra los resabios precapitalistas. Hoy,en el que no son éstos los que prevalecen, sino, precisamente, la democracia, esta consigna sólo puede tener un significado: ¡violencia contra el proletariado, única clase revolucionaria!

Prensa internacional

programme communiste

•

le prolétaire

•

il programma comunista

•

communist program

Los trotskistas y su vía peruana

Confirmada empíricamente por mil hechos de la historia del movimiento obrero, la ley según la cual no hay nada mejor que una campaña electoral para obligar al reformismo a arrancarse hasta el último velo de pudor es aplicable tanto a los partidos oportunistas clásicos (es decir, los partidos "obreros burgueses" como la socialdemocracia y el paleo o neostalinismo) como -y con mayor razón- a los grupos y partidos de *falsa izquierda*.

Las elecciones a la Asamblea Constituyente peruana, que tuvieron lugar en el pasado mes de junio, sugirieron una idea genial a los trotskistas del PST, que participaron en el seno del multicolor FOCEP: la de redactar un proyecto de constitución hecho y derecho, a ser sometido al parlamento, cuyo texto fue publicado en el nº 32 del 6.VII.78 de "Inprecor Intercontinental Press" conjuntamente con una entrevista a Hugo Blanco, que comentaba la campaña electoral. "Se trata, subraya el dirigente trotskista, de nuestro programa, de la sociedad, de la revolución por la que luchamos". Pero el "programa" de un partido no puede limitarse a proclamar el fin último perseguido; *por lo menos*, debe indicar, en sus grandes líneas, la vía que lleva a él y los medios que le corresponden. Y puesto que el "programa" trotskista "presentado bajo la forma de una constitución" calla tanto la vía como los medios, una de dos: o se esconde "astutamente" al "gran público" que, para alcanzar el fin último, son necesarias la revolución y la dictadura de clase, y entonces, al reducir el programa a una Carta constitucional, se lo degrada al nivel de *instrumento de educación de las masas para la democracia*, transformándolo así en instrumento de mistificación; o la vía y los medios están implícitos en la presentación de la futura "organización social y económica" del país contenida en las cláusulas de una Carta constitucional a ser sometida al voto de un parlamento, y entonces el programa de quienes se definen como trotskistas se vuelve un *instrumento de la democracia electiva y parlamentaria a secas*. Y de hecho, lo es.

No contentos con centrar su campaña electoral para la Asamblea constituyente en el proyecto de constitución, ellos hacen donación "a las masas" de su documento para que, en sus "organizaciones de base, *durante y después* de la campaña electoral", "discutan de él y hagan conocer su propio proyecto, que puede ser o no basado en el nuestro"; y luego las invitan a reunirse en una "Convención de los trabajadores" para redactar un proyecto definitivo (ante el cual, cualquiera que sea, los trotskistas se inclinarán en nombre de la "democracia obrera") de tal modo que "lo que las masas aprueben sea lo que los elegidos que se proclaman representantes de la clase obrera defiendan en el parlamento". De esta manera, la verbena electoral *oficial* estará flanqueada por otra, oficiosa y *de base*, cuyas prolongaciones irán mucho más allá de los términos de la primera, revertiendo todas las energías de las masas en debates, consultas y votaciones a chorros, volviendo a "los trabajadores" partícipes del inconmesurable privilegio de una *doble democracia*, con doble llamamiento a las urnas, con doble asamblea, y doble... Carta constitucional. Esto es lo que en el lenguaje trotskista se llama una "*campaña electoral revolucionaria*". No se necesita mucho para comprender que, entre los fuegos artificiales de la gran verbena, las tan cortejadas masas sólo puedan concluir de todo esto que la emancipación de la miseria, de la explotación y del yugo del imperialismo es posible utilizando los resortes de la democracia *indirecta*, completados con los de la democracia *directa*. Máxime cuando el texto mismo del proyecto lo da a entender.

La nueva "organización social y económica" nacerá, de hecho, desde abajo, a través de una escalera que sube desde los "gobiernos locales constituidos por los delegados democráticamente elegidos de las organizaciones de obreros, campesinos, *empleados*, pueblos jóvenes, soldados, *estudiantes y demás* (no mejor especificados, ndr) *sectores populares*", hasta "el gobierno nacional constituido por delegados de esas organizaciones a nivel nacional". Al atribuir como de costumbre a una *forma históricamente determinada* un *valor* revolucionario *intrínseco*, es probable que los trotskistas vean en esta pirámide un sustituto... peruano de los Soviets rusos de 1905 y 1917; para ellos, *no importa nada* el hecho de que en dichos sustitutos los obreros, campesinos y soldados estén puestos sobre el mismo plano que los "empleados, estudiantes y demás", ni que en vez de nacer de una situación de doble poder y *expresarla*, surjan por decreto soberano de una Asamblea constituyente democráticamente elegida con todos los atributos de la legalidad, ni que el poder central, en vez de representar el órgano brotado de una *revolución* -no discutamos aquí si "democrático-burguesa empujada hasta el fin" o proletaria- y que encarne una *dictadura de clase* ejercida por un partido, sea el punto de arribo de una serie de recuentos de votos. ¿Qué importa? Lo esencial no es la *sustancia*, sino la *apariencia*; no el *contenido*, sino la *envoltura*. Además, es de escaso relieve que el mismo contenido deje mucho que desear en cuanto a lo genuino: ¡el recipiente se encargará de depurar las escorias!

¿Pero qué significa esto si no "educar" a las masas en la fe ciega hacia los mecanismos democráticos, electorales y parlamentarios, como alternativa a los métodos -antidemocráticos por excelencia- de la revolución y a los métodos -autoritarios por excelencia- de la dictadura?

Sin embargo, la mistificación no termina aquí. El gobierno central está llamado a tomar, con el apoyo de los "gobiernos locales", una serie de medidas radicales que consisten en cancelar las deudas externas con el imperialismo; en reclamar para el Estado, sin indemnización, los bancos, la industria manufacturera, la pesca, la agricultura, el comercio exterior, etc.; en distribuir la tierra no estatizada entre los campesinos, los cuales "determinarán colectivamente las formas privadas o colectivas en que las harán producir", mientras que las empresas industriales o agrícolas pasadas en propiedad al Estado serán "administradas por sus propios trabajadores"; en lanzar un plan en gran estilo de trabajos públicos "para terminar con la desocupación", atribuyendo a los "organismos de obreros, campesinos, empleados, pueblos jóvenes, estudiantes, etc", la tarea de determinar "qué obras necesitan y cuáles son las más urgentes"; en dar impulso a la educación -cuyos objetivos y formas serán determinados por los "trabajadores en el poder", y cuya realización práctica tendrá lugar con "la participación de estudiantes y profesores"; en proteger y promover las "culturas peruanas" hoy oprimidas; etc, etc.

¿Cómo realizará un programa tan audaz un poder que *no es revolucionario*, al haber sido instituido por decreto por una Asamblea Constituyente democrática, y que *no es dictatorial*, por la misma razón, rechazando *a priori* la idea misma de que pueda serlo o devenirlo, al proclamar que "serán respetadas *en forma amplia* todas las libertades democráticas: Derecho de organización, libertad de palabra, derecho de huelga, libertad de cultos, libertad de prensa, etc", en base al principio sagrado según el cual "las mayorías no sean oprimidas nuevamente por minorías que monopolizan la expresión de las ideas" y, por tanto, la minoría explotadora y finalmente aplastada debe ser libre de organizarse, de tener su prensa, sus tribunas, su iglesia? ¿Cómo cumplirá semejante tarea un poder que, por definición, repudia los medios coercitivos propios de todo poder que se respete, el primero de los cuales es el ejército centralmente organizado y dirigido (ya que las fuerzas armadas estarán formadas por simples comités *de defensa* armados de las organizaciones de obreros, de

al socialismo

campesinos, empleados, pueblos jóvenes, estudiantes, etc" , y la justicia estará ejercida por "tribunales populares elegidos por las masas", es decir, por la misma mixtura de categorías sociales, si es que pueden ser definidas así, fuera de toda intervención "desde arriba") ? Es inútil pedir al proyecto que responda a esta angustiosa demanda: ni se lo plantea. ¡Al principio era la democracia, y lo será eternamente!

Se trata del Eldorado democrático, antiautoritario, antidictatorial, anticentralista, antipartido; el reino de la genérica "voluntad del pueblo"; algo así como el *Contrato Social* de Rousseau con ropas socialistoides, con el único inconveniente representado por la dificultad de conciliar la estatización semi-integral de la economía con la estructura centrífuga, localista y autogestionaria del "poder político"; una especie de "comunalismo anárquico", *sin Estado* (¡aunque con industrias y bancos estatales!), ¡ *pero también sin revolución*!

* * *

No es casual la ausencia del partido en este paisaje idílico de transformación revolucionaria por la vía constitucional: el partido, órgano de la revolución y de la dictadura, es -¡ puah! - la antidemocracia por excelencia, y, por otra parte, la revolución y la dictadura no tienen ni pueden tener un lugar en un proyecto de constitución a someter a votación en una Asamblea constituyente. Y para que no subsista ni la más mínima duda en la materia, los trotskistas peruanos han dado un ulterior paso adelante, inmolándose como partido en el altar de la democracia obrera directa, indicando a las masas -¡siempre las masas! - no solo del Perú, sino de toda la América Latina, el objetivo luminoso de un "partido obrero de masas" nacido -como lo auguran- de un proceso de "recomposición de la izquierda peruana y en el movimiento de masas en general" tras las elecciones del 19 de junio pasado, destinado a funcionar como embrión de un "futuro gran partido obrero", previa invitación a confluir en él dirigida no solo a las diferentes corrientes trotskistas y a la maoísta UDP, sino también al mismo PCP, "incluso si rehúsa su adhesión porque piensa (!) que se deba apoyar al gobierno y no quiere (!) conducir una política independiente de clase", y a la base del PSR, aunque se trate de "un partido burgués que representa la primera fase del gobierno militar". Humildes y sumisos, en este maremágnum los trotskistas se contentarán con "ser una corriente, pero", ¡por Dios!, ¡"una corriente importante y **respetada**"!

De este modo, tras haber enterrado la revolución y la dictadura bajo una pirámide de democracia directa, y, como consecuencia lógica, tras haber eliminado de la escena histórica *real* al partido de clase, el trotskismo es empujado, con sublime abnegación, hasta el hara-kiri: ¡perezca el partido para que viva la "democracia obrera"! Epígonos del organizador del Ejército rojo, han destrozado hasta la última página de *Terrorismo y Comunismo* (1).

---

(1) Podemos preguntarnos, por otra parte, si los autores del solemne "proyecto de constitución" han leído alguna vez, no digamos ya a Trotski, sino al mismo Marx. Que se juzgue a partir de este fragmento histórico-programático: "las raíces históricas y culturales del Perú (?) nos muestran que el socialismo es fuente de bienestar general. La importación de formas feudales y de distintos (?) modelos capitalistas ha traído hambre, desocupación y miseria a nuestro pueblo, y significa la subordinación de nuestro país al imperialismo. La actual crisis del capitalismo alcanza caracteres de catástrofe en nuestro país. Se deben tomar medidas radicales de urgencia para salvarnos del abismo", por cuya razón "La Asamblea constituyente resuelve adoptar las siguientes bases (ya ilustradas) para la organización social y económica del Perú" (del Preámbulo a las "*Bases para la Constitución del Perú*" presentado por el PST).

EL PROGRAMA COMUNISTA
Nº 29

Diciembre '78 - Febrero '79

- NUESTRO "SALUDO" A LA NUEVA CONSTITUCION ESPAÑOLA
- EN DEFENSA DE LA CONTINUIDAD DEL PROGRAMA COMUNISTA (III):
  Introducción
  La táctica de la Internacional Comunista en el proyecto de tesis presentado por el PC de Italia al IV Congreso mundial (Moscú - Noviembre de 1922)
- EL "PENSAMIENTO DE MAO": expresión de la revolucion democráticoburguesa en China y de la contrarrevolución antiproletaria mundial (II)
- EL PROLETARIADO CHICANO, UN POTENCIAL REVOLUCIONARIO QUE HAY QUE DEFENDER

EE.UU.: US$ 1
A.Lat.: US$ 0,75

El PST, los militares y la democracia

¿"Mal menor" o desastre mayor?

En el nº 6 de *Opción* (agosto de 1978), el PST argentino afirma que, respecto a los gobiernos democráticos, "los militares empeoran muchísimo las cosas, porque bajo los regímenes parlamentarios al menos hay derecho 'al pataleo'. Aún con 'leña', podemos organizarnos, salir a la calle, hacer huelgas, criticar, hacer política, votar".

Esta posición de democratismo banal condensa, desde el punto de vista teórico, por lo menos dos "errores"; y, desde el punto de vista práctico, todas las capitulaciones.

En primer lugar, no es la democracia, sino la acción del *partido revolucionario de clase* lo que permite a la clase obrera desarrollar *su* lucha política, a menos que -como en realidad lo hace el PST- se quiera reducir la política proletaria a la acción electoral y parlamentaria, a imagen de la vieja socialdemocracia ultradegenerada. Para los comunistas, la lucha *política* es la acción *multiforme*, teórica, organizativa y de participación en las luchas de la clase, tendiente a agrupar a las masas obreras con vistas al derrocamiento violento, insurreccional, del poder burgués y a la instauración de su dictadura de clase. Esta acción debe desenvolverse, pues, bajo *todas las formas* del poder estatal burgués, sea éste democrático o pretoriano, fascista o bonapartista, u otro.

En segundo término, tampoco es la democracia lo que permite o ha permitido a la clase obrera el organizarse, tanto en el plano político como en el reivindicativo. Es la acción teórica y práctica *contra la democracia burguesa*, lo que ha permitido , desde *El Manifiesto*, organizar políticamente al proletariado en clase independiente; y, por otra parte, el derecho de asociación sindical se logró contra la democracia misma, que lo combatió durante decenios y decenios. ¿Y no les dice nada el hecho de que, en la Argentina misma, la democracia ha regado con los cadáveres de mártires proletarios su marcha hacia adelante, desde aún antes de la Semana Trágica de 1919, hasta haber liquidado todo residuo de veleidad de organización independiente de la clase obrera en el terreno sindical (con la democracia peronista desde los años cuarenta) ? A menos que, como lo hace en realidad el PST, "organizarse" signifique corretear detrás de las burocracias paraestatales peronistas.

¿Y tampoco les dice nada el hecho de que la "flamante" democracia de 1973 a 1976 haya reprimido a sangre y fuego toda ac-

(sigue en pág. 12)

El proletariado

(Informe a la Reunión General del

El informe sobre el curso del imperialismo en la reciente reunión general muestra que el capitalismo mundial no ha superado la crisis productiva de 1975 más que acentuando la explotación de la clase obrera, y que la acentuará aún más a fin de aumentar los beneficios y permitir de este modo una reactivación de las inversiones y de la producción; en una palabra, una acumulación ampliada de capital. Al hacer esto crea las condiciones de crisis aún más graves que, en el terreno del capitalismo, no tienen otra solución que una tercera guerra imperialista.

En la reunión general de octubre de 1977, la exposición sobre la evolución de las relaciones interimperialistas había mostrado, por otra parte, que el período de la posguerra está cerrado y que el mundo burgués ha entrado en un nuevo período de *preguerra* (ver *El Programa Comunista* nº 27-28). Es por esto que la segunda exposición de esta reunión general estaba consagrada a la cuestión de la actitud del proletariado frente a la guerra.

Nuestro partido no ha esperado, por cierto, que la amenaza de la tercera guerra imperialista se perfile efectivamente para definir su posición respecto a la guerra imperialista. Al contrario, el rechazo a participar, bajo la forma que fuera, en la segunda guerra

Las guerras progresistas

Aunque todas las guerras comportan horrores y sufrimientos, los comunistas no las condenan a *todas*. Hay, en efecto, guerras útiles, guerras que favorecen el desarrollo de la humanidad, guerras que contribuyen a abolir las relaciones sociales que obstaculizan la aparición de un nuevo modo de producción. Son las revoluciones, por cierto, es decir, las *guerras civiles*, las que son el instrumento esencial de estos trastornos, pero las guerras entre Estados juegan aquí también un papel.

Si la exposición ha insistido sobre las guerras *nacionales-revolucionarias* de la burguesía en su fase ascendente, es porque el apoyo que los comunistas han dado a estas guerras es utilizado por el oportunismo para justificar su adhesión a las guerras *imperialistas*, a las guerras provocadas por el capitalismo en su estadio supremo y reaccionario. Es necesario, por tanto, precisar que nuestro apoyo a estas guerras revolucionarias no implicaba de ninguna manera nuestra adhesión al principio de la Nación, de la constitución en Estados nacionales o de la "liberación nacional". Señalaba simplemente el reconocimiento del hecho que tal era la vía de la destrucción de las relaciones precapitalistas, la vía que no llevaba a la Unidad de la Nación o del Pueblo, sino al desarrollo de la *lucha de clase* moderna.

Para criticar al socialpatriotismo, no tenemos, pues, necesidad de cometer un error simplista, denunciado por Lenin, y de negar la posibilidad de guerras nacionales en la época imperialista. El marxismo ha mostrado que la era de las guerras *nacionales-revolucionarias*, es decir, democráticas-burguesas, está cerrada en Europa desde 1871; en otros continentes, no se ha abierto más que bastante más tarde; y si esta era se cierra progresivamente, no es a causa de un "decreto", sino del desarrollo de la historia y de la liquidación progresiva de las estructuras precapitalistas.El imperialismo también implica, sin embargo, la opresión y la explotación de pequeñas naciones *burguesas* por los grandes monstruos imperialistas, y las guerras nacionales contra esta opresión son *posibles*, incluso en Europa (por ejemplo en los años 20, una guerra de liberación en Alemania,aplastada por el tratado de Versalles...): esto no significa que una tal guerra tendría un carácter *revolucionario* que justificaría el apoyo del proletariado.

En el área burguesa, la única guerra revolucionaria es la que es conducida por un Estado *proletario* contra los Estados burgueses. El hecho de conducir o no una tal guerra, defensiva u ofensiva, no es una cuestión de principio, sino que depende únicamente de las circunstancias.De todas maneras, ésta no tiene un carácter *nacional*, sino que se presenta como *una* batalla de la *guerra civil internacional*, subordinada a su estrategia general.

Las guerras imperialistas

Las guerras imperialistas son las que se hacen los grandes Estados burgueses por la división y el reparto del mundo, según la relación variable de sus fuerzas. La mitología burguesa y pequeño-burguesa pretende que la generalización y el progreso del capitalismo y de la democracia hacen evitables, e incluso imposibles,las guerras. Nosotros mostramos, al contrario, que son *ineluctables*: cuanto más se desarrolla el capitalismo, más violentas se vuelven sus contradicciones, que estallan periódicamente en grandes crisis,cuyo punto culminante, si el proletariado no interviene allí como clase para derrocar la dominación burguesa, no puede ser más que el enfrentamiento armado entre los Estados, la guerra.

Además de que divide al proletariado y permite a la burguesía controlarlo más estrechamente, esta guerra realiza una destrucción masiva de productos, de medios de producción y de productores, de capital y de trabajadores. Es la manera burguesa de resolver la crisis de atascamiento del mercado mundial, y abre la vía a un nuevo ciclo furioso de acumulación.

A los Estados burgueses les importa un bledo la forma de organización de sus competidores ; buscan arrancarles su terreno de caza, las zonas de influencia y los mercados. La democracia no tiene gran cosa que ver en esto, a lo sumo permite al Estado burgués de asegurarse el consentimiento y el apoyo de sus esclavos. Es la propaganda burguesa la que pretende que los Estados hacen la guerra por amor a la paz, a la libertad y a la democracia, y los partidos "obreros" han retomado complacientemente estas mentiras en el curso de la segunda como de la primera guerra imperialista, y justifican de este modo, ya de antemano,tanto de un lado como del otro, su participación en la tercera.

La participación del proletariado en las guerras imperialistas

La base de la adhesión de los proletarios a la guerra imperialista es la *colaboración de clase* bajo todas sus formas, la *ideología* y la *práctica* de una solidaridad nacional entre todas las clases. Son las superganancias imperialistas y coloniales las que permiten a la burguesía de las grandes potencias conceder provisoriamente, sobre todo a las capas superiores del proletariado, las migajas que hacen *creíbles* esta solidaridad y la política oportunista que la refleja. Cuando llega el momento de los sacrificios "comunes" se corre el riesgo de que sea demasiado tarde para reaccionar: entonces juegan los hábitos y el *reflejo* de solidaridad nacional. Si, además, las organizaciones que los obreros se han dado para luchar contra la burguesía predican entonces abiertamente la Unión sagrada, toda reacción organizada es imposible.

En 1914, la podredumbre de los partidos socialistas apareció bruscamente, dejando a las masas desamparadas, desorganizadas y libradas a la autoridad militar. La guerra de 1939 estalló mientras el proletariado se hundía en el ciclo de la contrarrevolución, y luego que la IC degenerada lo hubiera conducido so-

y la guerra

Partido de Octubre de 1978)

imperialista, al lado de uno de los bloques, sedicientemente preferible al otro, ha sido una de las bases de la resistencia de nuestra corriente a la degeneración de la Internacional Comunista y de la reconstitución de nuestro movimiento después de la guerra. Y si, contrariamente a los inmediatistas bamboleados por los acontecimientos, él sabía, incluso en los momentos más espectaculares de la "guerra fría", que la tercera guerra mundial no era inminente, no por eso nuestro partido ha dejado de reivindicar y de proclamar constantemente su posición frente a ésta guerra. Hoy, sin embargo, la evolución de la situación, que por otra parte ha previsto y anunciado, le impone una tarea más directa y más precisa: comenzar a preparar efectivamente el proletariado a hacer frente a la amenaza y a los preparativos políticos y materiales de una eventual tercera guerra imperialista.

La reunión general se ha aplicado en recordar las posiciones de principio de los comunistas en relación a la guerra imperialista a fin de asegurar las bases de esta preparación. Aquí indicamos las grandes líneas de la exposición que ha citado extensamente los textos de nuestra corriente desde 1914 y los textos clásicos de Lenin, en particular *El socialismo y la guerra* y *La bancarrota de la II Internacional*.

---

bre el terreno de la defensa de la democracia contra el fascismo: ya estaba preparado a participar en la guerra en el campo de los aliados, sobre todo a partir del momento en que la URSS se alineó en ese campo.

La "defensa de la URSS" era, por cierto, un deber para el proletariado mundial *en tanto que* el Estado de los soviets representaba la dictadura del proletariado. Este defendía entonces, no tanto las realizaciones económico-sociales de ese Estado, sino el *bastión avanzado* de la revolución mundial que era y quería ser; el proletariado no podía por lo tanto defenderlo más que como un ejército defiende a uno de *sus* puestos de avanzada; y, en la época, la "defensa de la URSS" era sinónimo de la *movilización revolucionaria* del proletariado contra su burguesía. La contrarevolución stalinista ha invertido los términos de la relación. Utilizando al proletariado internacional para los fines del Estado ruso, ha subordinado las luchas de clase a sus alianzas de guerra, escondiendo su carácter no proletario y, desde entonces, *nacional* bajo la bandera mentirosa del "socialismo en un solo país".

Para justificar la adhesión del proletariado a la guerra, el stalinismo utilizó también los argumentos que ya habían aparecido en la época de la primera guerra imperialista. Desde 1920, la corriente de la "izquierda" de Hamburgo trataba de identificar defensa nacional y revolución proletaria, de hacer tomar a cargo del proletariado la salvación de la nación alemana.

Desgraciadamente, la misma Rosa Luxemburgo había abierto la puerta a tales deslizamientos. En el opúsculo de Junius (1916), ella quería "justificar" un programa revolucionario (por otra parte más burgués-democrático que proletario) por la exigencia de una... "verdadera" defensa del país. Se han recordado las vigorosas críticas de Lenin, quien ha mostrado que allí se trataba de alguna manera de una tentativa de "*dárselas de listo con la historia*", y de conducir solapadamente a los patriotas y filisteos a... ¡la revolución socialista!

En los mejores casos, son ilusiones de este tipo las que animaban a aquellos que pretendían conducir a los proletarios "de la Resistencia a la Revolución". Pero, sincera o traidora, la "resistencia" no ha servido más que para integrar a las masas proletarias en la guerra imperialista e impedirles toda perspectiva y toda lucha *propias* al mismo tiempo que reivindicaba la guerra civil, era para desviarlas de la *guerra de clase*.

La actitud revolucionaria frente a la guerra

La actitud que el proletariado debe tomar respecto a la guerra imperialista está definida claramente desde hace un siglo. Lenin muestra que el mismo congreso de Basilea (1912), que enunció esta posición de la manera más clara, se refiere a la Comuna de París.

Por cierto, la guerra da a la burguesía facilidades para controlar a los obreros, sobre todo gracias a la ayuda de los partidos traidores, pero ella corresponde a una crisis profunda y general de la sociedad burguesa. El proletariado debe explotar esta situación, aprovechar las dificultades de la burguesía y la conmoción de todas las relaciones sociales para *impulsar* la lucha de clase hacia adelante, hacia la revolución. La cuestión de una eventual "defensa revolucionaria", no de la Nación o del País, sino de la herramienta indispensable que es la dictadura proletaria, no puede plantearse *más que después* de la toma del poder. Hasta aquí, el proletariado debe rechazar tanto el pacifismo ilusorio como toda especie de "defensismo", debe batirse obstinadamente por la *transformación de la guerra imperialista en guerra civil*.

Nuestra corriente ha subrayado, desde 1914, que el rechazo de la "tregua social", la prosecución e incluso la *acentuación* de la lucha de clase durante la guerra, debilita al Estado burgués frente a sus enemigos y puede contribuir a su derrota militar. Pero ella no se contenta con aceptar esta derrota como una hipótesis de escuela: declara abiertamente que la derrota de su propio Estado crea condiciones infinitamente más *favorables a la revolución* que la victoria. Lenin afirma de la misma manera que en la guerra imperialista el proletariado de *cada* país no puede querer más que la *derrota* de su propio Estado. No para favorecer o ayudar a otro Estado burgués, pues esta posición es imperativa *en todos los países*, sino porque este *derrotismo revolucionario* es la condición de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil internacional.

Las tareas del Partido

El proletariado abordó la primera guerra imperialista con una cierta ingenuidad; su organización reivindicaba *en palabras* las posiciones revolucionarias, mientras que de hecho estaba minada por la práctica de la colaboración de clase, y en el momento crucial se pasó abiertamente al enemigo impidiendo toda reacción de masa. El trabajo de propaganda política y de organización realizado por las fracciones de izquierda, junto a los horrores de la guerra, dieron lugar a acciones de masa contra la guerra; pero si estas acciones llegaron a ponerle fin, no pudieron llegar hasta la victoria de la revolución. Salvo en Rusia, donde los bolcheviques habían efectuado un largo trabajo de preparación.

La segunda guerra estalló en pleno período de contrarrevolución y de degeneración de la IC; incluso las corrientes de "oposición" participaban casi todas en esta degeneración. Esta debilidad política, y la fuerza organizativa del stalinismo, que se había apoderado del instrumento centralizado y disciplinado forjado por los comunistas, han permitido canalizar incluso las reacciones espontáneas contra la guerra en el sentido de la defensa de la democracia e *integrarlas* en uno de los campos imperialistas. El proletariado no estaba en condiciones de luchar con-

(sigue en pág. 9)

CAMBOYA Y

¡Dos estados socialistas que se combaten!, gritan triunfalmente los burgueses frente al conflicto entre Vietnam y Camboya, como frente a la guerra entre Etiopía y Somalía. ¡Ya os lo habíamos dicho : con o sin socialismo, las cosas siguen siendo las mismas!

Estos señores fingen olvidar que es a través de las guerras de liberación, primero contra el imperialismo francés, y después contra el imperialismo americano, que se ha realizado en Indochina una revolución, la cual no es socialista sino burguesa, y que además tiene todas las limitaciones de una revolución burguesa en retardo : entre otras, el hecho de que de este conflicto, que se prolongara durante decenas de años, no haya nacido un Estado unitario, sino tres Estados, cuyas fronteras han sido calcadas en gran parte a las de los ex-países coloniales : Vietnam, Camboya y Laos, es decir, fronteras artificiales que, por ser tales, son fuentes de conflictos permanentes.

Pero no podemos contentarnos con explicar esto. Es necesario remontarse más lejos y mirar por encima de los simples hechos contingentes hasta llegar a reconocer en la fisonomía social de los Estados beligerantes el signo de contradicciones internas que se desarrollaron en el seno del frente de lucha anticolonial y antimperialista, que aparecía como compacto, pero sólo en su apariencia, y que ha sido, por cierto, completamente burgués : solo entonces es posible dilucidar que las fronteras entre estos países no son sólo fronteras de estado, sino también fronteras sociales.

¿Cuáles eran las fuerzas que componían este frente ?

Simplificando, se puede decir que eran dos.

Por un lado, una burguesía nacional que se daba como objetivos romper el yugo de la dominación extranjera, la reunificación de las diversas nacionalidades y étnias indochinas en una única nación políticamente independiente, y su consolidación sobre la base del desarrollo intensivo de las fuerzas productivas (la industria pesada en primer lugar) y de un aparato de estado bien construido, que son los objetivos que caracterizan toda revolución burguesa y de la cual el PC stalinista de Vietnam es su representante.

Por otro lado, el movimiento campesino de las diversas nacionalidades indochinas que esperaba de la lucha contra la dominación colonial y antimperialista una reforma agraria radical, que la burguesía vietnamita temía aún cuando no podía privarse de su poderosa contribución a la lucha.

Se trataba de dos fuerzas burguesas cuyos intereses sólo convergían temporalmente, como nos lo enseña la historia de todas las revoluciones de la burguesía, comenzando por las revoluciones francesa e inglesa. Y esto es lo que sucedió en el curso de la larga guerra de liberación indochina en la cual la burguesía vietnamita, aún cuando utilizó en su provecho el apoyo del movimiento campesino, no cesó jamás de traicionarlo para pactar con el imperialismo y sus agentes locales.

Ya durante la II guerra mundial suspendió la lucha contra los colonialistas y el "antiguo régimen" para participar en la lucha contra el Japón al lado de Francia y de los Estados Unidos. En pago de esto ella esperaba su propia "liberación". Que por lo demás no la obtuvo, ni del imperialismo francés que se aferraba a sus colonias para resistir a la competencia de sus aliados y rivales, ni del imperialismo americano que estaba decidido a fortalecer y extender su propia dominación en Asia.

Después del fin de la guerra mundial, en la cual las masas campesinas y sus intereses fueron sacrificados en aras del interés "superior" de la alianza con el bloque democrático, el renacimiento de la guerra de liberación fue inevitable. La derrota que sufrió ahí el colonialismo francés fue aplastante, pero la burguesía vietnamita, bajo la presión de las potencias tanto "amigas" como enemigas, aceptó que el país fuera dividido en dos (Conferencia de Ginebra de 1954) postergando con esto su unificación hasta un futuro referéndum y abandonando a su suerte (es decir, a los ataques devastadores de los EE.UU., que eran los que habían ocupado el lugar de Francia en el sudeste Asiático) a las masas campesinas de Camboya y Laos.

En vez de agitar la bandera de una lucha general contra los regímenes corruptos y explotadores de los servidores del imperialismo (cuyo yugo pesaba en primer lugar sobre las plebes rurales) y hacer de esto la palanca de una guerra que debía extenderse a toda la región, ligando las grandes masas y las diversas nacionalidades en un esfuerzo único de emancipación, ella las sacrificó al objetivo prioritario de su propia constitución en Estado independiente y soberano, apoyada sobre la base sólida de una industria moderna y de un potencial militar eficaz, capaz de hacer prevalecer sus propios intereses pan-indochinos al precio de acuerdos miserables con los imperialistas.

De esta manera creyó poder fortalecerse, en una especie de Prusia de la Indochina, que agrandaría poco a poco su territorio gracias a su poderío económico y militar, y no gracias a un prestigio eventual de líder de una gigantesca guerra social.

Creer que tal plan estratégico podía realizarse "armoniosamente", como se lo imaginó la burguesía norvietnamita, no era, sin embargo, más que un sueño que la intervención de otras dos fuerzas terminó por barrer : de un lado el imperialismo, preocupado tanto de mantener el estado de fragmentación del territorio para poder dominarlo mejor, como para impedir el acceso de la burguesía norvietnamita a las importantes zonas arroceras del Sur, y, del otro, las masas campesinas del Sur y del Este, que, burlándose de cualquier compromiso diplomático, siguieron luchando contra los imperialistas y sus servidores "compradores".

A estas masas campesinas se deben las victorias del movimiento antimperialista, no sólo en Camboya y Laos, sino también en Vietnam del Sur. Y que Hanoi sólo ha apoyado (cuando las apoyó) en la medida en que la voluntad indomable de lucha que éstas tenían le permitió a él golpear las bases de apoyo y ataque de los Estados Unidos. Su ejército avanzó, no a la cabeza, sino a la cola. Y es así como en las conversaciones de paz con Washington la burguesía vietnamita dió vuelta la espalda una vez más a los campesinos martirizados de Camboya y Laos, para concentrarse enteramente en Vietnam del Sur, ya que ahí se hacía urgente conjurar la amenaza que representaban los campesinos, con su esperanza secular de una reforma agraria radical, dispuestos a retomar las armas para obtenerla.

Esta concepción típicamente burguesa, puramente militar y diplomática de la guerra de liberación, implicaba que Laos (región interior habitada por diferentes pueblos campesinos) y Camboya, (país esencialmente campesino pero unitario en el plano étnico y con una gran importancia estratégica) terminarían por entrar en la esfera de influencia del Vietnam y, tarde o temprano, ser englobados por éste, cediendo así a la fuerza de atracción de un estado que después de veinte años de desarrollo económico y de consolidación militar en el Norte, fortalecido por la anexión, al fin realizada, del Sur, se había convertido de ahí en adelante en el verdadero polo del Sudeste asiático.

La lucha de clases entre el campesinado y la burguesía asume formas más y más ásperas cuando la intervención independiente de plebes rurales es más masiva y cuando su homogeneidad étnica es más alta. Esto explica por qué la expansión gradual del Vietnam no ha encontrado dificultades se

VIETNAM

rias en Laos, país en el cual los campesinos se encuentran divididos en numerosos grupos étnicos, y que, como no presenta ningún interés estratégico notable, no puede contar con el apoyo de potencias extranjeras para su resistencia a la presión vietnamita. Camboya, por el contrario, estaba predestinada a luchar a muerte contra la burguesía vietnamita, la cual, por su parte, ya tenía problemas con un tenaz movimiento campesino. En efecto, si los campesinos khmers han derrotado al imperialismo y sus agentes locales en el marco de una lucha armada extendida por toda Indochina, lo han derrotado con sus propias fuerzas, y a pesar del aislamiento en el que los mantuvieron tanto Vietnam como la URSS y la China "socialista". Esta última no ha ayudado jamás a los khmers rojos, pues fue ella quien armó al príncipe Sihanouk, sobre todo después de las revueltas agrarias de 1964. La primera entregó una cierta cantidad de armamento a los rebeldes, con cuenta-gotas, pero después de los acuerdos de París de enero de 1973 no vaciló en suspender sus envíos de armas pesadas y de munición durante los ocho meses en los cuales los norteamericanos dejaron caer el equivalente de 7 a 8 bombas de Hiroshima sobre Camboya.

Así, en el surco de la guerra, Camboya ha hecho su revolución, la única que ha sido verdaderamente radical en Indochina : una revolución agraria caracterizada al igual que todas sus semejantes (recordemos la Guerra de los Campesinos en Alemania, descrita por Engels) por una violencia extrema, por un odio feroz hacia la "civilización" urbana, por un "igualitarismo" ingenuo, e incluso por una especie de "comunismo primitivo", cosas que son del todo incomprensibles para cualquier burguesía (cf., por ej., el escándalo que su "terrorismo" suscitó, no sólo en Vietnam, sino en todo el mundo burgués) ; revolución campesina de la cual debía nacer un Estado frágil, como cualquier estado que repose sobre bases sociales y económicas agrarias.

Liberados tanto del imperialismo como del pulpo del "antiguo régimen" camboyano, no gracias, sino a pesar de la inconsecuencia y de las traiciones de la burguesía vietnamita, los campesinos khmers defienden hoy con empecinamiento su territorio contra el Vietnam, del cual ellos jamás recibieron ninguna ayuda en sus largos años de lucha, y del cual no pueden esperar sino la explotación. El drama de ellos es que no pueden conservar su independencia, ni más ni menos que cualquier campesinado, y que cualquier régimen que sobre él se base.

La traición de la burguesía vietnamita a las plebes rurales indochinas y la reunificación revolucionaria de la península, son el nudo de las contradicciones que confieren a la lucha entre campesinos pobres y burguesía capitalista, desarrollada a lo largo de las fronteras de Camboya, el aspecto de una guerra entre nacionalidades y de una guerra entre estados.

Es así como, en la intervención militar vietnamita, y en las luchas internas que la acompañan en el seno de la dirección khmer, se revelan no sólo la aspiración general de la burguesía de Vietnam de someter política y económicamente a un estado "hermano", sino también su aspiración actual de sentar las premisas sociales de una toma enérgica del control del movimiento campesino de los khmers, señal precursora de terribles revueltas en toda Indochina. Así como el proceso de por sí progresivo de unificación de la península, tanto en el plano de la intervención en las relaciones de propiedad y de producción y en la estructura social, como en el del trato de las minorías étnicas, revela el caracter reaccionario de la gran burguesía que la realiza.

En Camboya no existe un proletariado capaz de fundir todos los antagonismos que nacieron de la victoria burguesa en un poderoso movimiento social que se proponga abatir la clase dominante y llevar hasta el final la revolución que aquella trata de detener a medio camino (lo que por el momento ha conseguido). La República Campesina de Camboya, frente a un estado vietnamita que aparece a sus ojos cómo una unidad social compacta, además de alógena, el cual, para poder someterla cuenta con factores tan poco heroicos como la usura del tiempo y la guerra con armas desiguales, no tuvo ni siquiera la dudosa posibilidad de apoyarse en China, que no tiene ninguna simpatía por el movimiento de las plebes rurales ya que persigue los mismos objetivos de clase que el Vietnam, y que, por el contrario, tiene sumo interés en mantener la península dividida.

En el otro lado, mientras la URSS se esfuerza en asegurarse con Vietnam un aliado seguro contra China y los EE.UU. en un área estratégica vital, la burguesía vietnamita no vacila en cortejar a los gobiernos fantoches que aún existen en la región, como el de Tailandia, presentándose como la mejor garantía del statu quo social, para concluir así su ciclo, como todas las burguesías, en la vergüenza y la ignominia.

Es otra la clase que en Indochina, como en todas las otras partes, deberá constituirse en potencia dominante para resolver de manera radical el nudo de contradicciones generales y particulares del orden burgués : esa clase es el proletariado revolucionario mundial.

El proletariado y la guerra

(viene de pág. 7)

tra la guerra, y la segunda guerra mundial no podía producir una ola revolucionaria análoga a la de 1918-20.

Hacia el fin de esta guerra, lejos de haberse acabado, el ciclo de la contrarrevolución prosiguió. En la época, nuestra tarea era esencialmente la restauración y defensa de los principios comunistas, base indispensable para el renacimiento de un amplio movimiento *de clase*. Hoy, un nuevo ciclo revolucionario *se anuncia*, y debemos *preparar* al proletariado para el momento en que el estallido violento de las contradicciones del capitalismo lo ponga de nuevo brutalmente ante la alternativa: *guerra o revolución*; dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado.

Sin pretender que la revolución llegará con toda seguridad a impedir la guerra, ni que la guerra producirá seguramente la revolución, debemos trabajar para que el proletariado aborde esta situación en condiciones *más favorables* que en el momento de la primera o de la segunda guerra imperialista.

Esto exige desde un comienzo una propaganda permanente, una lucha política sin concesiones contra todas las variantes de Unión sagrada y de "defensismo", lo que necesita por otra parte de un análisis preciso de las posiciones que las diversas corrientes han tomado en el curso de las guerras pasadas y toman frente a la que viene. Esta *propaganda* antimilitarista en un sentido revolucionario, por el derrotismo revolucionario y por la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, implica evidentemente un esfuerzo para *organizar* las fuerzas que se ubican sobre este terreno.

Pero esta propaganda y esta organización son *inseparables* de la intervención del partido en las luchas parciales e inmediatas. Pues la Unión sagrada tiene sus raíces en la colaboración de las clases en tiempos de paz: es *en las luchas cotidianas* donde es necesario, desde el presente, ayudar a los obreros a romper el "reflejo condicionado" de la solidaridad de empresa y de la solidaridad nacional, de la solidaridad con su burguesía y con su Estado, para prepararlos a resistir a este arrastre en el momento de la guerra.

IRAN ES

cadenada sobre el Asia hubiera producido una verdadera revolución, ha podido ser rechazada largo tiempo. Las energías sociales liberadas por el choque entre las necesidades del capitalismo moderno y las viejas relaciones sociales pudieron ser aspiradas en el torbellino de un desarrollo capitalista provocado del exterior, mientras que el Estado, por un lado, se fijaba como tarea la de romper los principales obstáculos económico-jurídicos a la marcha del capitalismo por medio de reformas; y, por el otro, conseguía amortiguar los antagonismos provocados por el viejo despotismo político, puesto al servicio del desarrollo y de la opresión capitalistas, gracias al maná del petróleo y a la corrupción generalizada.

En estas condiciones, la frenada brutal dada a la expansión económica por la crisis mundial provoco necesariamente el desencadenamiento de un movimiento social contenido durante muchísimo tiempo. Pero si la revuelta iraní reacciona contra el peso de los viejos restos preburgueses, vueltos insoportables en las condiciones del desarrollo moderno, que este último llama por tanto a liquidar, ella aparece ya cada vez más, en el fondo, como una respuesta a las consecuencias catastróficas del desarrollo burgués mismo. La masa de las clases medias urbanas y campesinas trata de resistir a la ruina provocada por la competencia del mercado mundial, por la concentración capitalista y la expropiación acelerada, llevado todo al colmo por la crisis económica; y, por su lado, la clase obrera resiste realmente, incluso si aún sufre el viejo despotismo en la fábrica, una explotación específicamente capitalista. Es claro, por lo tanto, que si la sociedad iraní padece aún de ciertas trabas políticas y sociales al desarrollo moderno, **que son el resultado de una revolución burguesa por arriba**, ya es sin embargo suficientemente capitalista para sufrir aún más los progresos de su desarrollo.

La periferia hoy, el centro mañana

Los ideólogos miopes del capitalismo se consolarán quizá de lo que pasa en Egipto, en Túnez, en Nicaragua, en Perú, en Irán, en Turquía, o aún en otras partes dado que, incluso si se trata de productos del desarrollo capitalista, ellos no tocan, en suma, más que la periferia y no al centro, aún inmóvil. Pero nosotros sabemos que el mercado mundial unifica todo y asegura la dominación del centro sobre la periferia, la que se encuentra de este modo menos apta a resistir las terribles tensiones que sufre el conjunto de la sociedad. Nuestro diagnóstico es, pues, que los cataclismos sociales que hoy se desencadenan sobre los países económicamente atrasados son un signo y un anticipo de aquellos que, **con la profundización de la crisis**, golpearán también mañana las metrópolis imperialistas. La gota, decía Trotsky, comienza por tocar los dedos del pié, antes de alcanzar el corazón.

Es de este curso catastrófico que el marxismo saca la fuerza de su crítica contra las pretensiones liberales al perfeccionamiento continuo del capitalismo; pero la saca igualmente de las quimeras democrático-reformistas de transformación gradual, pacífica y homeopática del capitalismo en socialismo. A la inversa, esta transformación nace de la crisis revolucionaria que cercena brutalmente las trabas al desarrollo histórico, y que precipitan la colisión generalizada entre los Estados y las clases sociales.

Otro fenómeno que revela brutalmente la crisis iraní es la extraordinaria interdependencia de todas las economías del mundo entero, realizada por el capitalismo en los largos decenios de ausencia proletaria. Por un lado, el capitalismo desarrollado se ha vuelto, económicamente, aún más dependiente de los países económicamente atrasados, particularmente en lo que concierne a las materias primas y las fuentes de energía, a tal punto que hoy, en que Irán estornuda, todos los grandes centros imperialistas se suenan las narices; y mientras que el precio del petróleo asciende, ellos deben en reciprocidad acentuar aún su presión económica sobre los otros productores del precioso líquido. Por otro lado, los países políticamente liberados de la tutela del colonialismo por la gran ola enmancipadora que ha marcado el despertar del Asia, son, por el juego del desarrollo capitalista mismo, dependientes en mayor medida aún, para las máquinas y los capitales, de los grandes centros imperialistas.

Naturalmente, en las condiciones del capitalismo, esta interdependencia no puede aparecer de otra manera que bajo la forma de la dominación y de la opresión de los grandes Estados imperialistas, los que ejercen una presión económica, política y militar acrecentanda sobre los países del "Tercer mundo". En efecto, que nadie se engañe. El movimiento social que agita a Irán bien puede tener como punto de partida la revuelta contra los previlegios exhorbitantes de los extranjeros, viejos restos del pasado semicolonial. Un movimiento social verdaderamente radical y revolucionario no necesitaría más que 24 horas para desembarazarse totalmente de ellos y para enfrentarse entonces inmediatamente al problema bastante más arduo de la lucha contra el peso moderno del imperialismo, que no puede ser eliminado por ninguna independencia política, menos aún por una quimérica y reaccionaria "independencia económica", sino únicamente por la destrucción revolucionaria del capitalismo mundial. La contrarrevolución mundial no solamente introdujo el capitalismo en el " Oriente atrasado": ha introducido igualmente a las clases modernas. Y si el capitalismo nacido con retraso produce burguesías ya seniles, produce al mismo tiempo un proletariado inmenso y vigoroso. Es la clase obrera la que ha dado en Irán la señal de partida de los movimientos sociales de las tres últimas décadas. Hoy, la huelga de los obreros de los pozos de petróleo y de las refinerías de Irán golpea no solamente al capitalismo iraní, sino al capitalismo mundial. Esto significa que el movimiento de clase de los proletarios del "Tercer mundo" tiene necesidad, para vencer, de la solidaridad de los proletarios de las grandes metrópolis, y que, recíprocamente, el proletariado de los países económicamente "avanzados" debe encontrar, para la lucha contra sus enemigos, una ayuda inestimable en el combate de sus hermanos de clase de los países económicamente "atrasados".

Exigencia material del internacionalismo proletario

La burguesía de todos los países sabe que no puede mantener su orden infame más que estrechando filas a escala internacional: la crisis iraní mostró en los hechos que ante la incógnita de la revuelta social, todos, ¡rusos, chinos, americanos, franceses, iraquíes, sauditas y otros, sabían acallar sus disputas para garantizar el orden establecido! Ya es hora que el proletariado extraiga esta lección para sí mismo, combatiendo la estrechez nacional, todos los particularismos y todos los chovinismos para constituir, sobre la base de sus intereses comunes, el ejército internacional unificado de la revolución comunista.

Los acontecimientos de Irán nos confirman aún una verdad que vendrá a dar coraje y esperanza a los proletarios que piensan en su clase. Parece ser que el ejército iraní es uno de los más modernos y sofisticados del mundo; sus gastos alcanzan anualmente cerca del doble de los del ejército italiano, para una población que supera apenas la mitad de la de este país, y una renta total que no alcanza al tercio. Este ejército está "acompañado" de unos 30.000 "técnicos" americanos, mientras las fuerzas de policía y de gendarmería son inauditas; todo esto co-

EL MUNDO

ronado por la famosa SAVAK que teje su tela de araña en todos los centros de vida económica y social. Y he aquí que esta joya mimada del imperialismo americano para asegurar a Irán el papel de gendarme del Golfo, de llave del cordón de seguridad antirruso en Asia occidental, y para permitirle llevar a su término la revolución capitalista por arriba, no puede impedir, a pesar de las matanzas cotidianas, no solamente la extensión del incendio social, sino incluso el ablandamiento de las tropas por el calor que aquél libera. Ironía habitual de la historia: para tener un ejército tan inmenso es necesario militarizar a la población, obligar al servicio militar, aunque en épocas de agitación social sólo las tropas profesionales son realmente utilizables contra los amotinados. Tampoco aquí nuestra conclusión es nueva: ningún Estado, por atrincherado, endurecido, acorazado y blindado que sea, está a cubierto de terremotos sociales que proporcionan la materia prima de las revoluciones.

La desgracia es que la maduración de las fuerzas sociales en Irán se ha hecho de tal manera que este movimiento llega demasiado tarde para hacer una revolución burguesa, pero demasiado temprano para que haya podido nacer una fuerza capaz de hacer avanzar en adelante la historia por su propia revolución: la clase proletaria constituída en partido. En efecto, los resultados sociales reales que razonablemente pueden esperarse de las reivindicaciones populares, democráticas y nacionales, que el movimiento sigue levantando como eje central de su programa, son alcanzados, aunque por otras vías, y ya no necesitan una revolución, sino que pueden ser realizadas por reformas, ya sea que se trate de una cierta "liberalización" del régimen y de la modificación de las relaciones políticas del Estado con el imperialismo, o de la reforma agraria.

La existencia de un movimiento de clase independiente del proletariado, en una situación tal, habría permitido apoyarse en la opresión política aún reforzada por el viejo estilo despótico, en la necesidad de un "suplemento de revolución agraria" que puede sin duda arrastrar a una parte del campesinado, y particularmente a la masa de los campesinos pobres y sin tierra, en la lucha contra los privilegios exhorbitantes concedidos a los extranjeros y la indignación provocada por el papel de gendarme del Golfo jugado por Irán (en solidaridad expresada hacia las revoluciones de Dhofar y Palestina), para concentrar contra el Estado la energía de fragmentos de otras clases, o al menos neutralizarlas en el enfrentamiento entre la burguesía -y el imperialismo- y el proletariado que se vuelve inevitable desde que las "reformas" mencionadas están adquiridas.

La trágica ausencia del Partido

Pero el movimiento de clase proletario está ausente a causa de la contrarrevolución stalinista que ha traído aparejada esta doble catástrofe: el proletariado de los países imperialistas ha dejado de luchar de manera independiente, y el de los países del "Tercer mundo", nacido en los últimos cincuenta años, no ha encontrado el guía natural que le habría permitido, como fue el caso en Rusia, asimilar inmediatamente las lecciones más altas de la experiencia histórica del movimiento internacional, y reagrupar sus fuerzas desde las primeras luchas económicas y antidespóticas, por sus propios objetivos. En estas condiciones, era difícilmente imaginable que la clase obrera hiciese otra cosa que servir de claque a la democracia pequeño-burguesa. Ahora bien, en un país en que el desarrollo social fue importado y se ha operado a un ritmo extremadamente rápido, impuesto a latigazos sin el aguijón político de una fuerte burguesía capaz de iniciativa histórica (por el hecho de su retraso y de los estragos de la renta del petróleo), ni el de un proletariado que levante su propio programa, la democracia pequeño-burguesa alía al programa económico y social de la pequeña y mediana burguesía un programa político completamente inofensivo y también vuelto hacia el pasado, lo que explica el papel jugado por el clero chiita erigido en verdadero partido político del "pueblo".

De este modo, en lugar de que la lucha por las reformas sirva a la lucha proletaria y limpie el terreno de la lucha por sus propios objetivos, la lucha proletaria no solamente está puesta al servicio de un programa económico y social de "repliegue nacional" y, por lo tanto, históricamente retrógrado - sin hablar de todas las aberraciones y flagelaciones religiosas de las que se rodea-, sino que ella sirve de masa de maniobra a un movimiento político que, incapaz de utilizar las reformas para quebrar al Estado, puede ser al contrario perfectamente utilizado por el orden establecido para reforzar aún al Estado contra su verdadera amenaza, el proletariado, cubriendo su bárbara opresión de una pantalla democrática.

Este es en todo caso el sentido de la maniobra que tratan desesperadamente de realizar, por un lado, el imperialismo, y, por otro, la oposición liberal y religiosa. La lentitud y las vacilaciones de este proceso resultan de la inexistencia de una oposición que hubiera conquistado, a través de una lucha política, una influencia sobre las masas, lo que explica el monopolio ideológico del clero chiita. Ahora bien, este último está obligado, ante la profundización del movimiento social, a conservar una oposición intransigente de fachada para intentar controlar al movimiento social, evitar el armamento de la población y la guerra civil generalizada, y dar tiempo así al imperialismo de reafirmarse y disponer sus cartas. Todo el problema para la burguesía consiste en llegar a emplazar una fuerza capaz de hacer reformas con miras a "restaurar la autoridad del Estado", "volver a hacer trabajar a la población", y dispuesta a hacer provisoriamente concesiones a la pequeña burguesía y al campesinado.

El frente social existente entre el proletariado y la pequeña burguesía debe romperse. En efecto, el capital puede dar momentáneamente un respiro a la segunda y paralizarla, e incluso dirigirla contra el proletariado, mientras que este último no puede de ninguna manera ser satisfecho por las reformas en preparación, sobre todo a la hora de la austeridad, y después de un movimiento de resistencia económica que no hace más que amplificarse desde su comienzo, ocho años atrás. Pero como, políticamente, esta ruptura no viene del proletariado, corre el riesgo de hacerse en las peores condiciones para él, de dejarlo sin preparación y maniatado por la "democracia islámica" frente al Estado, no dejándole más alternativa que la resignación o un levantamiento desesperado, en el que, esta vez, estaría bien solo.

¡Necesidad del Partido!

La trágica impotencia política del proletariado iraní es la del proletariado del mundo entero. Esta es el resultado de la subordinación de sus intereses de clase a los de las otras clases, y particularmente a los ideales y al programa reaccionarios de la pequeña burguesía. Esto es cierto en las revoluciones burguesas que no pueden ser llevadas a fondo más que si el proletariado se bate allí por sus propios intereses. Esto es cierto en las "colas de revoluciones burguesas" -como es el caso en Irán- que despilfarran las energías proletarias y refuerzan las cadenas de la clase obrera si las reformas burguesas no son subordinadas a un programa proletario. Esto es cierto, con mayor razón aún, en los países de revolución comunista "pura", donde la democracia es desde hace mucho una fuerza exclusivamente dirigida contra el proletariado.

Pero para salir de esta impotencia, para arrancar al proleta-

(sigue en pág. 12)

¿"Mal menor" o desastre mayor?

(viene de pág. 5)

ción -aún espontánea- del proletariado? Si, aunque desarmada políticamente, los obreros argentinos trataron de "organizarse" (en tentativas que permanecieron muy embrionarias), "salir a la calle" en manifestaciones espontáneas y hacer huelgas"salvajes", no lo fue gracias a la democracia, sino *contra ella*,contra su derecho, contra sus bandas blancas desencadenadas y desbocadas, contra su metralla, contra su Parlamento, contra su voluntad feroz.

La afirmación de que "los militares empeoran muchísimo las cosas", haciendo referencia al hecho de que la violencia burguesa ha alcanzado límites casi insuperables, oponiéndole un pretendido "mal menor", que sería el retorno a la situación anterior a la del 24 de marzo, escon de en realidad ante los ojos de los obreros que la violencia del régimen militar no es más que la *continuación* de la violencia de la democracia, como la mariposa lo es de la crisálida, y que ella ha podido expandirse y agudizarse por no haber encontrado resistencia, porque la democracia, y sus puntales"obreros", paralizaron y canalizaron los generosos sobresaltos de los trabajadores argentinos en la vía sin salida de su "renovación".

El viejo oportunismo de la derecha de la II Internacional sostenía que la democracia había vuelto superflua a la revolución. El moderno oportunismo trotskista pretende que, para el desarrollo del movimiento obrero (¿revolucionario?), la democracia es imprescindible. En un caso u otro, la revolución es enviada al día del Juicio Final, suplantada por la democracia, en beneficio exclusivo del Orden burgués.

A término, ningún régimen pretoriano, policíaco o totalitario podrá oponer una barrera"insuperable"al irrumpir impetuoso de la lucha de clase. La revolución rusa lo demostró una vez más, abatiendo al zarismo, antes de ajustar sus cuentas a la democracia "revolucionaria". Hoy, la lucha de las masas iraníes son otra prueba de ello. Y el proletariado podrá remontar la pendiente y extraer de este período difícil un elemento positivo para su preparación revolucionaria a condición de no lloriquear por las *formales* "libertades" burguesas, a condición de comprender la necesidad de no respetar ninguna "libertad" para las clases enemigas, a ver su necesaria lucha para *imponer* a la clase dominante el desarrollo de *sus propias organizaciones de masa* (el llamado "derecho de asociación"), no como un elemento del retorno al liberalismo de antaño, sino como un paso en el camino que ha de conducir al ejercicio de su violencia revolucionaria y de su dictadura, condición sine qua non de su emancipación.

La posición del PST es la de la pequeña burguesía compungida. En vez de prepararse a hacer frente virilmente a las tendencias cada vez más totalitarias de los Estados burgueses, quisiera volver hacia atrás la rueda de la Historia. Pero la Historia se ríe de esas ilusiones *reaccionarias*, y su ironía hace que todos aquellos que las hacen suyas se volverán cada vez más, como el PST *ya lo fue* en todo el período del 73 al 76, peones en la estrategia política democrática de la clase dominante, en el momento en que la amenace nuevamente el despertar del gigante proletario.

IRAN ES EL MUNDO

(viene de pág. 11)

riado a la subordinación a las otras clases, es necesario el partido de clase, cuyo enorme retardo sobre la curva del capitalismo nos revelan los trágicos acontecimientos de hoy. La gran lección histórica que sacó el marxismo de la derrota de la Comuna de París fue la falta de una dirección de partido. La Revolución rusa recogió el desafío, asegurando desde mucho tiempo antes las condiciones de la victoria por una preparación tenaz del partido para afrontar el conjunto de sus tareas históricas, que consiste en zanjar de antemano todos los problemas políticos de la revolución ,y en incorporar a la vida de una organización, paciente pero sistemáticamente forjada, las mejores lecciones de la experiencia política, táctica y organizativa. Mientras que, por su lado,la revolución alemana y europea no tuvo un partido capaz, exento de oscilaciones brutales entre los cabezazos insurreccionales generosos y la falta de audacia y de voluntad, por no decir la pasividad y el seguidismo a la hora decisiva.

La contrarrevolución, marcada desde el comienzo por la matanza de los proletarios y de los campesinos chinos, a causa del olvido de que el partido proletario es un partido de oposición a todos los otros partidos, ha ido hasta el fin. Ha demolido piedra por piedra la organización del partido internacional y su doctrina. A tal punto que hoy, más aún que tener un partido preparado, se expresa la necesidad todavía más elemental de tener simplemente un partido, constituido sobre un programa de clase independiente, un programa específicamente proletario.

Frente al formidable despilfarro de energías sociales al que se libra hoy la sociedad iraní,no se puede más que recordar la poderosa imagen que Trotsky utilizaba en su prefacio a la Historia de la Revolución rusa:"Sin una organización dirigente, la energía de las masas se volatilizaría como el vapor cuando no está encerrado en un cilindro a pistón;sin embargo, el movimiento depende del vapor, no del cilindro o del pistón".

¿La sangre de cuántos junios de 1848 será necesaria para enrojecer el difícil camino del reanudamiento revolucionario después del oscuro túnel atravesado durante cincuenta años de historia? ¡La necesidad del partido! Que este lema, inscrito desde hace largo tiempo en la memoria colectiva de la clase, que nuestra corriente intenta defender con todas sus fuerzas contra el peso terrible de condiciones todavía desfavorables; que este lema que surge periódicamente de la realidad catastrófica del capitalismo, ¡pueda volverse el grito de los proletarios concientes de todos los continentes!

EL PROGRAMA COMUNISTA

Nº 30

Marzo - Mayo 1979

- LA DEFENSA DEL MARXISMO ES LA DEFENSA DEL ARMA DE LA REVOLUCION PROLETARIA.
- CURSO DEL IMPERIALISMO MUNDIAL: la ofensiva del capital contra la clase obrera .
- EL TERRORISMO Y EL DIFICIL CAMINO DEL REANUDAMIENTO GENERAL DE LA LUCHA DE CLASE .
- IRAN: revolución capitalista "a la cosaca".
- NOTA DE LECTURA: no solo el stalinismo tiene su escuela de falsificación.

EE.UU: US$ 1
Aca. Lat. US$ 0,75

Precio del ejemplar: Colombia: $ 4 - EE.UU.: U$S 0,50 - España: 15 Pts - Francia: 2 FF - México: 2 M/N - Perú: 70 Soles - Venezuela: 0,50 Bolívares - Abono anual: precio de 5 ejemplares.

Editor responsable:
GIUSTO COPPI

Correspondencia:
Casella Postale 962
Milano ITALIA

Pagos:
C.C.P. 18091207 MILANO